

La verdad GENERAL

Triunfo histórico de los obreros polacos

Promesa de elecciones sindicales libres e importantes cambios en el Gobierno

PARIS. — (ANTONIO PELAYO).

La clase obrera polaca ha logrado un nuevo triunfo histórico. Polonia ha dado, por impulso de los huelguistas, un paso de gigante que la convierte en la excepción del bloque de la Europa socialista. A partir de hoy nada será igual a las orillas del Vístula. Y a corto plazo, al menos, esta heroica nación puede convertirse en un fermento vital. Siempre, claro está, que sus vecinos del Este —la Unión Soviética— no pisotee las esperanzas de unos treinta y tantos millones de seres humanos.

La grave crisis desencadenada por la huelga y reivindicaciones obreras de las últimas ocho semanas se cerró el domingo a las ocho de la tarde. Después de un concierto de música de Mozart el locutor de la televisión polaca anunció una emisión especial «muy importante». Un aséptico locutor comenzó a informar de los resultados de la reunión del pleno del Comité Central del Partido Comunista polaco y de los espectaculares cambios en el Gobierno y organismos rectores del país. Minutos después el primer secretario del partido intervenía para explicar a los polacos el significado del cambio, para hacer una sincera autocrítica de los errores del pasado y para pedir moderación a las gentes y la vuelta a la normalidad. Edward Gierek visiblemente fatigado y no muy a gusto en su papel desglosó una serie de evidencias. Nunca en la historia de un país socialista un dirigente ha ido tan lejos en la crítica ni en la aceptación de las aspiraciones populares.

Cuando los obreros en huelga de la cuenca del Báltico, los de los astilleros «Lenin», Dębnicki y otras ciudades costeras escucharon la alocución del número uno polaco, no pudieron menos que alzar sus brazos con el signo de la uve de la victoria esculpido en sus dedos. Era el reconocimiento de que una parte substancial de sus reivindicaciones había sido escuchada y que la agitación y los riesgos de los últimos días no habían sido inútiles. Walesa, presidente del comité de la huelga, el hombre más famoso en la Polonia de hoy, después del Papa, no ha podido ocultar su satisfacción, aún cuando no haya querido firmar un cheque en blanco de confianza al Gobierno.

Gierek, al final de las más importante reunión del Comité Central del Partido Comunista de su país, desde la Segunda Guerra Mundial, ha obtenido un cambio muy importante en la dirección política que gobierna Polonia. Para obtenerlo el secretario del PC ha puesto en la balanza todo su pasado, su prestigio y la amenaza de su marcha, si no obtenía una satisfacción. Como anticipábamos en nuestra crónica del pasado domingo sólo la línea liberal del partido podía salir victoriosa de este callejón sin salida, donde la había conducido la intransigencia de los ortodoxos y la incongruencia de las decisiones más recientes.

El primer ministro Babich ha sido la víctima expiatoria de la crisis. El pasado mes de febrero sucedió a Piotr Jazdzewicz, uno de los hombres más odiados y ridiculizados de la historia moderna de Polonia. Era, se decía, un hombre de la total confianza de Gierek, perteneciente a la llamada «mafia de Silesia» que controla el partido y dotado de una gran experiencia de mando.

JOSEF PINKOWSKI, NUEVO PRIMER MINISTRO

No tardará mucho algún periódico en llamar al nuevo primer ministro designado por el Comité Central, el «Barré polaco». En efecto, la llegada de este relativamente oscuro economista al timón de la vida política y económica de Polonia, presenta algunas convergencias con las que llevaron a Giscard d'Estaing a solicitar de Raymond Barre que aceptara suceder a Jacques Chirac.

Pinkowski tiene en este momento 51 años y nada hacía prever en él un triunfo político de este orden. Llega al poder sin apoyarse en ningún clan político y con el solo prestigio de ser un hombre dotado de gran sentido común, de realismo práctico y de conocimiento profundo de su país. Su carrera se ha hecho en la Administración del Estado y sólo con la llegada de Edward Gierek al poder escala a un puesto de relativa importancia. No pertenece a la mafia de Silesia, puesto que nació no lejos de Varsovia, en Siedlce, el 17 de abril de 1929. En los años anteriores a la llegada de Gierek, durante la época Gomulka, Pinkowski era presidente del consejo ciudadano de la región de Varsovia. En 1971 es nombrado vicepresidente de la comisión del plan económico, cerebro de la ordenación financiera y comercial del país y miembro del Comité Central. Con su colega Barcowski, es el autor de una política agrícola muy original para los países del Este puesto que respeta la propiedad privada aún cuando busca la creación de explotaciones rentables.

Hasta su último nombramiento como preconizado primer ministro, era miembro del secretariado del Partido Comunista y suplente del buró político. Durante cuatro años de su vida sirvió en el ejército polaco como oficial y esta experiencia castrense puede ser muy necesaria para dirigir ahora la vida de un país que acaba de atravesar una de las crisis más graves de su historia moderna.



Pero, como compensación, eran también eliminados del Comité Central del Partido una serie de miembros y representantes del ala revisionista, entre ellos Stefan Olzowski, que era enviado al dorado exilio de su embajada en Berlín Este.

Era casi una victoria pírrica que si, por una parte, liberaba a Gierek de las ataduras de algún histórico del partido seguía manteniendo en puestos-clave a notorios exponentes de la reacción más conservadora. Consecuencia de esta chapuza fue la ineficacia del nuevo equipo y la inoperancia ante los crecientes problemas internos de la economía y de la política polacas.

LLEGAN LOS CAMBIOS

De las decisiones del pleno del Comité Central la más importante es, pues, la defenestración de Babich y su sustitución por Josef Pinkowski, que en un futuro inmediato será nombrado primer ministro por el Consejo de Estado y ratificado en su cargo por la Dieta o Parlamento polaco. Dos cosas hay que destacar en la carrera de este hombre relativamente joven, cincuenta y un años. La primera es su sentido tecnocrático y la segunda su vinculación a la hornada política de Edward Gierek. Pinkowski es un tecnócrata, un pragmático que supo imponer el sentido común al tratar de los problemas de la tradicionalmente desconfiada clase agrícola polaca al frente de la comisaría del plan, este «administrador» se ha esforzado en no construir castillos en el aire, para hacer llegar un aire de veracidad y realismo a la gestión de los asuntos económicos. En segundo lugar Pinkowski es un fiel de Gierek, sin pertenecer a clanes políticos y ponerse ahora a dirigir un país en clima de efervescencia no es el menor síntoma de amistad por el actual primer secretario del partido comunista polaco.

LECH WALESA, DIRECTOR DEL COMITE DE HUELGAS

PARIS. — (ANTONIO PELAYO)

Nada en este hombre, de modesta apariencia, hace descubrir al imponente líder sindical que durante semanas ha desafiado al poder de un omnipotente Partido Comunista y de unos sindicatos anquilosados y transidos de rutina. Lech Walesa es, sin embargo, uno de los hombres más conocidos de Polonia y su nombre ha rodado por los teletipos de todo el mundo.

Vivo, no muy grande, con bigotes ligeramente «estilo Zapata», padre de seis hijos, católico practicante y profundo, su primera reacción a las palabras de Gierek, en la televisión el pasado domingo, fue afirmar: «Es una victoria para todos nosotros».

El prestigio de Lech, sin embargo, no se ha fraguado en el calor de algunos años. Al revés, en 1970, cuando estallaron los disturbios en Gdansk que costaron la caída de Gomulka y la subida de Gierek al poder, Walesa tenía sólo 27 años. Gierek tiene sin embargo que contar con este joven que se ha impuesto como portavoz de sus millares de compañeros. Ellos quieren no un discurso político. Sólo sindical y laboral: mejores salarios y condiciones de trabajo, libertad de sindicación. Las promesas del poder no son mantenidas y Walesa sigue en la brecha. La dirección intenta varias veces expulsarle pero él afirma «he aprendido mucho desde 1970».

Varios años después, cuando surgen nuevos problemas, una vez más se intenta suprimirle con un despido. Pero él está siempre al frente. Y su ocasión histórica ha llegado ahora en 1980 cuando sus compañeros de trabajo le han llevado al papel de portavoz de todos los huelguistas. Sus primeras exigencias se han cumplido: Que vengán a negociar aquí y que nos reconozcan el derecho a hablar en nombre de los obreros. Sigue insistiendo en que la política no es cosa suya. Pero todos saben que su poder es hoy inquebrantable y su interlocutor Jablonski tendrá que empezar por ahí.